

IDENTIDAD CULTURAL, TEORIA Y REALIDAD*

Dante Polimeni Fornés
Oscar Rojas Flores

Al referirnos a una identidad cultural en esta parte de América Latina, conviene realizar un ejercicio básico de análisis y reflexión sobre los diversos grupos étnicos que pueblan el Continente y el Caribe. Estudios realizados ubican en la región aproximadamente 409 grupos procedentes de los diferentes pueblos que ancestralmente habitaban en estos territorios y continúan asentados con sus prácticas culturales, cosmovisión y filiación lingüística en la mayoría de los casos. Además, existen grupos afros de descendencia bantú, congo, mandinga, principalmente, con sus variantes criollo, garífuna y complementa este amplio mosaico étnico la población mestiza que forma parte de la tercer gran masa étnica, con las que se determinan las características más significativas de una región claramente constituida como una sociedad pluricultural, multiétnica y multilingüe. A 500 años, este aspecto fundamental señala el proceso de inserción forzada de concepciones

* Ponencia presentada en las Jornadas de Reflexión denominadas: «...a 500 años... América Latina se descubre a sí misma». Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, Argentina. Setiembre de 1992.

globales en el plano cultural, que si bien han mediado en este entrecruzamiento muchas veces obligado, no lograron amputar valiosos contenidos culturales de los pueblos.

Nuestro propósito en este trabajo se ubica en identificar algunos aspectos importantes en la Región Centroamericana, Belice y Panamá y apoyar este breve análisis en experiencias de campo realizadas en la Región.

En Centroamérica, Belice y Panamá existe una población indígena estimada en 6.000.000 de habitantes en su mayoría mayas, que ocupan territorios en Guatemala principalmente, así como en Belice, Honduras y El Salvador.

El pueblo maya mantiene en un alto grado su identidad cultural. No obstante la sangrienta historia represiva, sufrida por los mayas en Guatemala, representan más de un 60% de la población del país.

Esto muestra el gran proceso de resistencia del pueblo contra el mito del «mejoramiento de la raza».

Expresado por el libro sagrado del **Popol Wuj**, han podido articular un esfuerzo colectivo por la subsistencia. Este mito que desbordó también a la población negra, sufrió varios procesos de inserción violenta y planteaba al mestizaje de indios y negros como un mecanismo de movilidad hacia una «cultura superior». También habitan la región indios nahuales, mexicanos, manges, chibchas y kunas. Tanto el Caribe insular con el continental en la región, son territorios poblados por negros garífunas, criollos y misquitos.

Una forma fundamental para identificar aspectos importantes de la identidad cultural de los pueblos con algún nivel de autenticidad, es atender al proceso productivo, que se practica desde una perspectiva de autosuficiencia alimentaria. Su vocación productiva hacia el maíz, los tubérculos y la integración de una unidad productiva de carácter colectivo es importante en el análisis.

La mayoría de los pueblos de la región con excepción de algunos pocos, hablan su lengua materna y ancestralmente han sido poseedores de una conciencia colectiva, que concibe al ser humano como parte esencial de un todo armónico, que es la naturaleza.

Estos esquemas productivos originan una marcada dependencia de los recursos naturales y de su hábitat, por lo que la progresiva destrucción de su entorno natural ha originado una preocupación importante para la mayoría de estas entidades culturales afectadas.

Puede notarse que el fenómeno de una identidad no es simplemente un problema racial sino que es producto de una serie de contenidos que adquieren sentido como forma de vida, en su dinámica de aproximación a una realidad cambiante en donde la cultura asume contenidos y momentos que son sujetos de cambio. Por otra parte, se puede percibir que con los pueblos este no es un asunto de resolución teórica conceptual sino que es parte de una práctica colectiva.

El Dr. Demetrio Cojti, guatemalteco miembro fundador de la Academia de Lengua Maya, acuña el concepto de «identidad étnica» de la siguiente forma:

«Una identidad étnica es la manera de identificarse de una comunidad ante sí misma y ante las otras. Es la manera de evaluarse, es la imagen que tiene de sí misma y de la imagen que tienen de ella las otras etnias» (Cojti, Demetrio, 1989).

Sobre este aspecto Cojti utiliza el concepto etnia como sinónimo de comunidad, nación, nacionalidad y no tiene relación con la raza considerada como conjunto de rasgos somático-fisiológicos, pero sí con la historia, la cultura, la conciencia y sentimientos nacionales de una comunidad determinada.

Pensamos así en la idea que se maneja de sociedades multiculturales, con políticas pluralistas y que son producto de un largo proceso colonial de 500 años.

El potencial de estas sociedades supone que están mejor dotadas para lograr su desarrollo que sería en un alto grado autogestionado (cultura maya y políticas de desarrollo, COCADI, 1989).

Aquí surge un primer reto teórico que se ha venido enfrentando con mucha insistencia, en virtud de los eventos promovidos a partir de la temática de «los 500 años». Para algunos sectores indígenas y no indígenas la identidad de los pueblos, está sustentada en prácticas de origen ancestral que aún perduran en estado primigenio. Para el desarrollo de su análisis, generalmente se utilizan referencias históricas e informaciones de escribanos coloniales. El problema de esta tesis surge al enfrentarse con la realidad, en donde este misticismo pierde vigencia en la práctica. Los pueblos indígenas de la región enfrentan crisis muy fuertes en un contexto histórico en donde la confrontación ideológica en los últimos años los envolvió en un torbellino de violencia con aporías como el reclutamiento forzoso, un día con las estructuras represivas del Estado, otro con las fuerzas insurgentes.

El secuestro, el desplazamiento de sus tierras, el asesinato masivo, la destrucción de campos de cultivo, infraestructura comunal y prácticas culturales han causado un profundo impacto en la estructura previa. Por otra parte, la penetración del mercado externo origina el fenómeno de la negación dialéctica de lo viejo por lo nuevo, lo que promueve en muchas áreas las prácticas sustitutivas de productos tradicionales por productos dirigidos a nuevos mercados, con los cuales la inserción cultural y mercantil se profundiza. También los territorios indígenas enfrentan el impacto del proceso de «tecnificación del ambiente»: construcción de proyectos hidroeléctricos, explotación minera y petrolera, construcción de obras como carreteras, industrias de procesos contaminantes y desarrollo de plantaciones de monocultivo.

Todo este proceso ha ido conformando un fenómeno cultural en donde la identidad de los pueblos tiene un fuerte arraigo en su estructura ancestral pero convive en formas de participación dentro de la llamada modernidad.

Es aquí donde surge un segundo sector de opinión. Para este grupo de estudios, la identidad cultural como forma de vida de los pueblos, se arraiga en su espiritualidad como mecanismo de cohesión colectiva. Pero la sobrevivencia de esta realidad celosamente conservada durante estos 500 años de dominación ha sido posible, por la capacidad de los pueblos de ir generando un pluralismo reivindicador no solamente de la demanda indígena sino de la demanda de los más amplios sectores de la región. Por esta razón, al caer muchas banderas de una reivindicación social politizada partidariamente, surge la bandera de los 500 años como una realidad aglutinadora. Por eso pensamos que debe darse su lugar adecuado a la identidad de estos pueblos en la búsqueda de una identidad en América Latina.

Lumbreras expresa:

«Todos los pueblos del mundo, incorporan en su conciencia colectiva una imagen de sí mismos, que constituye la matriz que regula la racionalidad de sus actos... Desde luego, la razón colectiva no está al margen de las condiciones sociales donde ella opera, sino que de una u otra manera se corresponde y sustenta en ellas, promoviendo su reproducción y desarrollo en los términos que le son propios» (Lumbreras, Luis, 1990: 55).

Sobre esta base se debe plantear la existencia de formaciones sociales previas de matriz indígena que han sufrido un violento proceso de desgaste como resultado de una etapa colonial que ha generado una matriz de este tipo involucrando a un significativo sector de la población total.

Dicha matriz colonial se reproduce de manera constante, pero a su vez la matriz indígena, aunque escindida, también se reproduce.

El pueblo maya en Guatemala reproduce y fortalece su conciencia colectiva por medio de la simbología multicolor de sus trajes.

El güipil (prenda superior de la mujer) expresa por medio de sus dibujos la filosofía del pueblo. En su «corte» (especie de falda femenina) la representación del arco iris significa la pluralidad de los pueblos. Por esta razón el maya insiste en que sus trajes son libros.

El pueblo Garífuna de Honduras perpetúa su práctica en su dieta que es producto del entrecruzamiento afroindígena consumiendo el jiju licor de yuca, el casabe de yuca, la machuca de yuca y una serie muy amplia de alimentos de yuca y coco, así como su música con base en tambores y sonidos de caracol. En toda la región la dieta del maíz es un consumo de matriz indígena. El pueblo Misquito vive de productos del mar, así como los Kunas de Panamá. La práctica religiosa Maya es similar a la práctica religiosa Guaymí. La cosmovisión de los pueblos indios también tiene gran similitud entre Misquitos (Honduras y Nicaragua), Guaymíes (Panamá), Bribris (Costa Rica) o Mayas, lo que resulta diferente son aquellos testimonios culturales que permiten evaluar, la existencia aún de algunos pueblos indígenas.

En Guatemala, Honduras, Panamá, Belice, los pueblos indígenas, conservan su lengua materna, así como en un reducido sector salvadoreño, el Atlántico de Nicaragua y Costa Rica y un pequeño sector del sur de Costa Rica. El resto de los pueblos indígenas de la región han perdido su idioma.

¿Cómo establecer esquemas lineales para catalogar la identidad cultural de un pueblo? Por ejemplo, el pueblo Sutiava en el noroccidente de Nicaragua vive en su gran mayoría en el denominado «Barrio Sutiava» que es parte de la ciudad de León, Nicaragua. Su población se estima en 20.000, cuya mayoría trabaja en labores propias de la actividad urbana de León. Según investigaciones, su idioma, que era el mangué, dejó de usarse entre fines del siglo anterior y principios de este siglo. Actualmente no se encuentran personas que hablen el idioma. La comunidad indígena de Sutiava tiene aproximadamente un 70% de habitantes que viven en área urbana, y es poseedora de territorios ancestralmente ocupados por sus antepasados,

que son tierras poco explotadas en virtud de la apropiación indebida, por parte de no indígenas en territorios que suman las 15.000 hectáreas. En virtud de la riqueza de las tumbas de antepasados en lo que se refiere a la cerámica y labrado de piedra, estos lugares han sido fuertemente explotados por comerciantes de tesoros arqueológicos, pese a esto el pueblo tiene un museo histórico, a su vez se conserva como lugar sagrado «El Tamarindón», árbol de tamarindo en donde fue ahorcado por los españoles su último líder histórico ADIACT, luego de un levantamiento contra la autoridad colonial.

La historia de Nicaragua está impregnada de hechos originados por levantamientos del «Barrio Indígena Sutiava».

La comunidad como tal se autorreafirma como indígena.

El segundo caso que queremos analizar es el de la Comunidad Indígena de Matagalpa, Nicaragua. Esta situación reviste mayor complejidad. La comunidad posee tierras comunales en una extensión de 25.000 hectáreas, según decretos coloniales existentes y ratificadas por Estatutos de 1904. La posesión de las tierras en la práctica, no la ejercen los indios porque hacendados y campesinos no indígenas, han hecho ocupaciones de tierra. La comunidad no tiene memoria del idioma ancestral e incluso no reivindican pertenencia a un pueblo indígena específico. No existen prácticas culturales diferenciadas, sin embargo, la comunidad sigue asumiéndose como indígena, tienen una estructura de Consejo de Ancianos que es la que convoca a nombramiento de la Junta Directiva que administra los intereses de la Comunidad. Para el resto de la sociedad, la Comunidad Indígena son las raíces autóctonas del pueblo. Otro aspecto importante es que los miembros de este pueblo viven en sus tierras, en sus labores campesinas y sólo para reunirse «bajan» al «Barrio Indígena».

Estos son los casos más radicales en cuanto a la desarticulación de lo que aquí hemos denominado: matriz

indígena. No obstante, si nos referimos al concepto de «identidad étnica» del Dr. Cojti, podríamos aproximar algunos elementos de identidad, en tanto difuminados por el proceso colonial: sentido de pertenencia a un ancestro indígena, organización semitradicional, práctica colectiva de trabajo.

Todo el análisis realizado de acuerdo con una realidad de la Región, puede por extensión servirnos para interpretar la situación en otras regiones del Continente y el Caribe.

Lo cierto es que si hacemos uso de un marco antropológico muy esquemático, estaríamos excluyendo a grandes masas desplazadas en la Región que viven en condiciones marginales en los cascos suburbanos y que nutren un sector informal, cada vez más amplio. Por esta razón es que debemos comprender el proceso de desestructuración cultural sistemática de los pueblos, operado durante este período colonial, neocolonial y periférico de 500 años y privilegiar el reconocimiento de la diversidad para encontrar puntos de confluencia que permitan integrar una identidad de América Latina, a partir de la unidad de objetivos y destino social.

Revisaremos la propuesta de Néstor García Candini, que plantea su tesis de las «culturas híbridas». En este aspecto es necesario aclarar que nos proponemos hacer un breve análisis sobre el tema, lo que no significa aceptar el concepto de lo híbrido linealmente, desde la acepción empleada en las ciencias biológicas, lo cual negaría la capacidad reproductiva de los espacios de identidad cultural. Nos parece importante el análisis como método de reflexión.

García Candini nos explica cómo el nivel de desarrollo en el marco europeo de las fuerzas de la colonia, impidió el llamado proceso modernizador en este Continente. Esta situación originó espacios en donde las elites, que históricamente se hacen cargo «de la intersección de diferentes temporalidades históricas y tratan de elaborar con ellas un proyecto global», se enfrentan a contradiccio-

nes producto de su cruce (García Candini, Néstor, 1990: 71), lo cual no permite cristalizar los resultados propuestos. De esta forma los países de la región son resultado de «la sedimentación y yuxtaposición de la región y entrecruzamiento de tradiciones indígenas, hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas» (IDRM). Esto se origina, dice el investigador, en el intento de segregación de lo indígena y colonial en sectores populares para otorgar a la cultura de elite un perfil moderno, lo que por lo contrario ha generado que un mestizaje interclasista promueva formaciones híbridas en todos los estratos sociales. Esto se expresa en el desarrollo de una integración, entre la simbología de lo ancestral, con lo colonial y lo así denominado moderno.

Esta realidad de la confusa propuesta cultural del Estado, origina el estancamiento en el proceso de análisis de la diversidad como vía para generar pesquisas integradoras. El problema de no asumirse como tal en el espacio de lo indígena, lo negro o lo mestizo, es el vacío fundamental de un despojo que permite percibir una identidad en América Latina.

Por lo contrario, la aceptación de lo diverso pero vital de los espacios culturales, nos permite aceptar la existencia de opciones viables, de buscar una identidad cultural latinoamericana que es producto de la práctica de vida, y las inquietudes existenciales de ese mosaico pluricultural de la Región.

Nuestro propósito es dejar sentadas algunas ideas que sirvan para el debate, pero sí rescatamos la necesidad de un mayor acercamiento a la realidad de los pueblos para promover una aprehensión más ajustada de lo que es la propia trascendencia cultural de lo nuestro.





Grabado del siglo XVI que reproduce la captura de Atahualpa a manos de Pizarro, en Cajamarca.